

# Domingo XXII Tiempo ordinario

*Eclesiástico 3, 17-18. 20. 28-29; Hebreos 12, 18-19. 22~24a; Lucas 14, 1. 7-14*

*«Cuando te conviden, vete a sentarte en el último puesto. Porque todo el que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido»*

1 Septiembre 2019 P. Carlos Padilla Esteban

---

*«Yo sólo no puedo caminar. Soy débil. Sólo cuando me siento necesitado, vulnerable, herido, roto. Sólo entonces Dios puede sostenerme por encima de mis vanidades y preocupaciones»*

**Me preocupo por lo que tengo por delante.** Me agobio por lo que acaba de pasar. Me afano tanto por tantas cosas. Escucho: *«¿Qué saca el hombre de todos los trabajos y preocupaciones que lo fatigan bajo el sol? ¡Vanidad de vanidades, todo es vanidad!»*. Me inquieto al mirar los desafíos de la vida. Todo es vanidad. Mi vida es vanidad. Vanidad del que piensa que va a sacar él solo todo adelante sin pensar demasiado. Contando con sus propias fuerzas. La vanidad del que cree que todo es posible. Vanidad de pensar que lo único importante es lo que produzco, lo que hago, lo que logro. Vanidad de una vida expuesta en el escaparate de la vida. Buscando elogios y halagos. Buscando el reconocimiento del mundo. ¿Dónde se encuentra escondido mi valor? Pienso que en el corazón de los que me miran y reconocen. En el eco de las palabras que aprueban cuánto valgo. Todo es vanidad. El corazón inquieto y preocupado por lo que los demás piensan y dicen. Como si la vida estuviera en mis manos y dependiera todo de mi entrega y capacidades. Me afano y agobio. Mi angustia me hace pensar que mi valor está en juego continuamente. Depende todo de mi éxito o de mi fracaso. De que haga las cosas bien o mal. De que esté a la altura o no llegue a lo que los demás exigen y piden. Mi valor último. El valor escondido de mi vida. Pienso en una vida lograda y exitosa. ¿Es mi vida así? Comenta el P. Kentenich: *«¿Cómo llegamos a conocernos a nosotros mismos? ¿Cuándo logramos una sana autovaloración de nosotros mismos? ¿Cuándo toma el niño conciencia de que es alguien? Cuando se compara con otro. Su autoconciencia es reflejo: se da al conocer a otras personas. Al conocer a otras personas se sabe distinto. El conocimiento de sí mismo es reflejo, no directo. La persona, además, se valora a sí misma sólo cuando otra persona la ama y valora; no primariamente cuando se mira a sí misma, hacia adentro, sino cuando otra persona le dice que la aprecia»*<sup>1</sup>. ¿Mi valor depende de que todos me digan que valgo? Miro mi corazón herido. En él abundan los rechazos y las aceptaciones. Cuando me siento querido en lo más profundo dejan de importarme las opiniones de las personas que no me quieren tanto, los que no me importan. En ese momento sé que tengo una sana autoestima. Entonces dejo de agobiarme y pensar que si fracaso toda mi vida deja de tener sentido. De verdad descanso en Dios. Lo tengo claro, ya he vencido. Dios ya ha vencido en mí al crearme. Al hacerme como soy. Al amarme. Yo sólo tengo que ser fiel a mí mismo. Fiel a la verdad que ha escondido en mi alma para que dé fruto. Todo lo demás, es cierto, es vanidad. Todos mis miedos y cobardías. Todos mis desvelos y preocupaciones. Todas esas angustias que me turban. Dios ya me ha salvado. Como dice S. Agustín: *«Por la espalda me salvó»*. Casi sin yo quererlo ha venido a mi vida para hacerla suya. Y no quiere que me angustie por cosas poco importantes. Sólo desea que sea feliz amando y dándome. Pienso en tantas cosas que son vanidad en mi vida. Me inquietan, me quitan la paz. ¿Para qué sirve mi angustia? ¿Qué sentido tiene preocuparme por todo? De nada valen mi temor ni mis miedos. Pongo en manos de Dios toda mi vida como es. Tengo paz en el alma. Mis autoexigencias y mis rigideces poco me importan ya. Dios me ha dado un corazón maravilloso. Y lo ama como es. Mi corazón se alegra al saberse amado. Dejo de lado todos mis afanes y confío en Él. Mi vida en las manos de Dios. La vanidad me hace pensar que cuando hablen bien de mí, me elogien y admiren por todo lo que hago, seré más, valdré más. Pero es mentira. Los frutos que voy

---

<sup>1</sup> P. Rafel Fernández, *El jardín de María y el 20 de enero*

dejando a mi paso no necesariamente tienen que ver con hacer bien muchas cosas. Mi forma de ser, de amar, de mirar va dejando frutos a mi paso casi sin pretenderlo. Esos frutos son los que Dios hace fecundos a mi paso. Yo sólo me pongo en sus manos. Pierdo el miedo al fracaso. No temo perder. Dios sabrá cómo lo va a hacer en mí para que sea feliz. Él se va a encargar de que mi vida sea plena. Yo sólo no puedo caminar. Soy débil. Sólo cuando me siento necesitado, vulnerable, herido, roto. **Sólo entonces Dios puede sostenerme por encima de mis vanidades y preocupaciones.**

**Miro el ancho mar y la mirada se pierde en el horizonte.** La paz, la eternidad, el silencio, los miedos. El mar que evoca recuerdos y me habla de profundidades que desconozco. Una anchura que no abarca mi mirada. Una inmensidad en la que me pierdo. Tiene el mar ese poder de atracción que me cautiva. Y al mismo tiempo tiene una verdad que me devuelve reflejada la imagen de mí mismo. Sueño con un mar en el que se pierdan mis sueños buscando otras orillas. Esperando otros horizontes que ahora no veo. Me gusta quedarme mirando el mar sin playa. El mar repleto de agua y cielo, de hondura y oscuridades y de ese color que le da el cielo. El mar que refleja mis ideales más profundos y verdaderos. Sueño con un mar en el que pueda descansar cuando los agobios de la tierra me hagan perder la esperanza. Quiero navegar por ese mar de mis anhelos. El mar en el que mis miedos se ahogan para siempre. El mar de Dios. El mar de un futuro inquietante que desconozco. El mar en el que vivo y respiro. El mar de las entrañas más mías. Pienso en ese mar en el que echo raíces. Dejo mi alma muy dentro del mar de Dios en el que descanso. Como decía el P. Kentenich: «*Millones de personas que hoy carecen de hogar claman por un hogar espiritual. Arraiguémonos muy profundamente en Dios y, dado el caso, sobrellevemos el desarraigo aquí en la tierra a fin de ofrecer un hogar a muchos*»<sup>2</sup>. Quiero echar raíces en el mar de Dios. Allí donde soy pequeño como un niño y me pego a su piel buscando amparo y calor. Algo de ternura. Anclado en Él podré dar hogar a tantos hombres sin hogar, sin raíces. ¿Dónde tengo enterradas mis raíces? ¿Dónde está mi verdadero hogar? Miro mi corazón que busca hogar desesperadamente. Lo busca en el mundo que toco. En los corazones que amo y pasan ante mí. Lo busco tal vez un poco desesperadamente. ¿No lo tengo en Dios? Mi hogar verdadero al que camino. Mi mar profundo en el que me sumerjo buscando luz, paz, alegría. Adentrándome en la misericordia de sus mares infinitos. Donde soy querido como soy, sin temer mostrarme con todas mis deficiencias. Mi hogar verdadero lleno de raíces. Sé que «*la angustia aumenta cuando ni en el plano natural ni en el sobrenatural se responde ni satisface suficientemente ese anhelo primordial del alma humana: el ansia de hogar*»<sup>3</sup>. El ansia de hogar grita en mi interior. Si echo raíces profundas en lugares, en corazones, en mares hondos. Si logro encontrar un hogar en el que anclar mi barca para siempre. Sólo así podré dar hogar a los que viven sin tierra, sin paz, sin lugar donde dejar anclada la vida. ¿Seré yo puerto seguro en medio de tormentas? Eso espera mi alma. Un puerto, una bahía, donde dejar el alma amarrada y tranquila. Sin miedo a las tempestades, a las olas inmensas que arrancan la vida de sus raíces. Sueño con vivir con paz en medio de mi mar. Un puerto donde descansa mi barca. En medio de mis olas y tormentas. Raíces. Es lo que desea el alma. Vivo sin raíces. Comenta el P. Kentenich: «*Todos padecemos de un cierto nomadismo. Hoy todos tenemos que volver a arraigarnos y vincularnos más profundamente a algún lugar*»<sup>4</sup>. Me vinculo de nuevo a lugares de mi infancia, de mi historia. A lugares en los que me siento libre, en casa. Un hogar físico y espiritual. Un lugar en el que poder ser yo mismo. El lugar de mi alma en el que quiero descansar. Repito en el salmo: «*Señor, Tú has sido nuestro refugio de generación en generación*». Dios es mi refugio verdadero. Allí me encuentro en casa. Quiero arraigarme, echar raíces. ¡Qué poco profundo es mi mundo interior! ¡Cuánto me cuesta navegar por sus aguas! Necesito detenerme y hacer silencio. Que mi vida espiritual sea profunda. Que el silencio calme mis gritos y colme mi desamparo. Dios no me deja nunca solo en medio de mi mar. Es mi refugio donde me siento a salvo. Nada temo. Me quedo mirando la anchura de mi mar. Se calman mis prisas e inquietudes. Puedo acoger en la roca de mi alma al que viene hasta mí buscando raíces. Puedo ser un puerto en medio de mares revueltos. Puedo serlo si dejo que Dios sea mi lugar de descanso. En Él puedo encontrar la paz que me falta. En el mar de sus misericordias y consuelos. Me adentro en el mar revuelto que contemplan mis ojos. El

---

<sup>2</sup> Herbert King N° 3, *El mundo de los vínculos personales*

<sup>3</sup> El Fundador a las familias, 1966, p. 60-61

<sup>4</sup> Herbert King N° 3, *El mundo de los vínculos personales*

mar encrespado y violento, lleno de oscuridades. En ese mismo mar descanso. Como hombre anclado en Dios, arraigado desde mis entrañas. No temo. Me gusta mirar mi vida, mi historia, mis recuerdos. Me conmueven las palabras de Pablo Neruda: *«Yo voy a cerrar los ojos Y sólo quiero cinco cosas, cinco raíces preferidas. Una es el amor sin fin. Lo segundo es ver el otoño. No puedo ser sin que las hojas vuelen y vuelvan a la tierra. Lo tercero es el grave invierno, la lluvia que amé, la caricia del fuego en el frío silvestre. En cuarto lugar, el verano redondo como una sandía. La quinta cosa son tus ojos, Matilde mía, bienamada. Amigos, eso es cuanto quiero. Es casi nada y casi todo»*. Mis recuerdos forman parte de mi vida. Son mi nostalgia continua. Y mi felicidad más plena. Son la certeza de saberme amado, esperado, soñado. Son el deseo más sincero de querer ser eterno. Sin pausa, sin miedo. Así es más fácil tejer mi historia, con pulso firme. Sin temer los errores. Sin olvidar los miedos. **Con la seguridad de un puerto, de un hogar, de una roca. Amando mis raíces.**

**Con cierta frecuencia me enfrento a momentos en mi vida en los que no espero encontrar respuestas.** Simplemente callo y guardo silencio mientras resuenan en mi interior tantas preguntas. Siento un silencio incómodo en mi alma. Es ese silencio de Dios en el que parece no hablarme mientras sufre conmigo, a mi lado, sosteniéndome por la espalda. No me explica nada. No le busca sentido a todo lo que vivo. No lo pretende. Yo tampoco. Sé que no necesito saber el sentido de tantos dolores y cruces que me hacen llorar. No me interesa conocer el por qué de tantos sucesos sin sentido, en mi vida, en otras vidas. Callo atónito guardando silencio. No digo nada porque no tengo nada que decir. No busco respuestas. No pretendo explicarle a nadie el sentido. No necesito quizás encontrar respuestas para poder vivir. Tengo claro que ninguna respuesta me quita la tristeza que tengo ahora, ni el dolor que desgarrar mi alma. Hay una poesía de Rilke que le expresa con claridad: *«Sé paciente con todo lo que aún no está resuelto en tu corazón. Trata de amar tus propias dudas. No busques las respuestas que no se pueden dar, porque no serías capaz de soportarlas. Lo importante es vivirlo todo. Vive ahora las preguntas. Tal vez así, poco a poco, sin darte cuenta, puedas algún día vivir las respuestas»*. Me encuentro con personas que pretenden tener siempre respuestas para todo lo que les ocurre. Y llegan a mí sólo cuando han encontrado respuestas que les hacen comprender sus vidas, sus dolores, sus ausencias. No soportan la frialdad oscura de las preguntas vacías. No toleran el silencio incómodo y esquivo lleno de soledad. Pretenden entender con una furia profunda. Como un grito que desgarrar el corazón queriendo encontrar respuestas. Tal vez obedecen a esa ansia tan humana de querer encontrarle el sentido a todo lo que sucede: *«Las preguntas de fondo que caracterizan el recorrido de la existencia humana: ¿quién soy?; ¿de dónde vengo y a dónde voy?; ¿por qué existe el mal?; ¿qué hay después de esta vida? Son preguntas que tienen su origen común en la necesidad de sentido que desde siempre acucia el corazón del hombre: de la respuesta que se dé a tales preguntas, en efecto, depende la orientación que se dé a la existencia»*<sup>5</sup>. Yo no quiero vivir buscando respuestas que me permitan caminar con una paz razonable. Dejo que las preguntas latan en mi interior. No les tengo miedo. No necesito encontrar el sentido a todo lo que me sucede para poder vivir con sentido. Pero no siempre tengo claro que pueda vivir así. ¿Seré capaz de vivir siempre mi vida con preguntas? Tengo muchas preguntas abiertas que oscilan sobre un océano inmenso. Quisiera aprender a vivir sin la paz de saber que poseo el sentido de todo lo que ocurre. Es cierto que me han acostumbrado a dar respuestas. Me han dicho que yo lo sé todo. Como si esto fuera posible por el simple hecho de ser sacerdote. Y entonces tuviera que saber el sentido último de todo. Como si a mí, en un encuentro profundo con Dios, se me desvelara el sentido de todos los sinsentidos de todas las vidas que acompaño. No es así. Nada de eso sucede. Las preguntas permanecen abiertas, heridas, sobre mí, sin respuestas. No tengo respuestas para todo. No lo sé todo y eso me consuela. Jesús vivió su vida en la tierra con preguntas. Su paso a mi lado en carne humana me enseña a caminar con preguntas. Quiero aprender a vivir las preguntas que hoy me golpean. Quedan suspendidas en un aire incómodo dentro de mi alma. Buscan respuestas que convezan, que calmen, que den luz. Sé muy bien que la oscuridad de las preguntas me incomoda como un fuego que todo lo consume. No me turbo. Vivir las preguntas es parte de mi camino. Me alegra que no haya respuesta para todo. No la tengo. No la busco. Una persona rezaba: *«Señor, como a Pedro me preguntas: ¿Me amas? Una y otra vez resuena en mi alma esta pregunta: ¿Me amas? Señor, sólo puedo decirte: Tú lo sabes todo, Tú sabes que te*

---

<sup>5</sup> Giovanni Cucci SJ, *La fuerza que nace de la debilidad*

amo». Esa es mi oración ante la pregunta que Jesús me hace en medio de mis preguntas. No quiere que tenga respuestas. Sólo quiere que conteste a su pregunta. En medio de mis dudas y mis miedos quiero a Jesús. Lo quiero en mi torpeza humana. Lo quiero, aunque no comprenda todo lo que me sucede. Aunque no sepa bien por dónde sigue el camino. No quiero jugar a ser Dios con manos de barro. Sólo abrazo el presente lleno de dudas. Como hizo Él un día en mi mismo camino. No quiere que le diga que lo puedo todo, que lo sé todo. No es verdad. Ni me exige que sepa la respuesta a preguntas imposibles. No quiere que me aleje de su lado por no saberme digno. Ni que me enfade al no saber bien lo que espera de mí. Simplemente abrazo su rostro que me mira conmovido. Sabe lo que sufro en medio de mis incertidumbres. Sólo pretende que me abraze a mi única certeza. A su amor imposible. Me quiere como soy, en medio de mi barro, dentro de mis dudas, **en la oscuridad de la noche de mi alma. No temo si Él va en mi barca.**

**La humildad es una virtud que aprecio más en los otros.** Veo una persona humilde y me atrae su forma de ser, su sencillez, su pobreza. Veo a alguien vanidoso, orgulloso, soberbio y me alejo con pesar. Me cuestan las personas que sólo hablan de sus éxitos. Que viven llenos de logros y se alaban a sí mismos por sus obras. Me pesan los que buscan su gloria y hablan de todo lo que hacen y tienen. Como si en su riqueza y poder fueran más felices. Admiro al humilde, al que actúa sin pretensiones. Al que no quiere sobresalir ni llamar la atención en exceso. Hoy escucho: *«Hijo mío, en tus asuntos procede con humildad y te querrán más que al hombre generoso. Hazte pequeño en las grandezas humanas, y alcanzarás el favor de Dios; porque es grande la misericordia de Dios, y revela sus secretos a los humildes».* Sueño con ser humilde. Pero me cuesta tanto no caer en el orgullo y la vanidad. Decía Santa Teresita del Niño Jesús: *«Debo hacerme pequeña, no temer humillarme manifestando mis luchas y mis derrotas. Al ver que tengo las mismas debilidades que ellas, mis hermanitas me manifiestan a su vez las faltas que se reprochan, y se alegran de que yo las comprenda por experiencia. Con otras, por el contrario, he visto que, para serles de algún provecho, hay que ser muy firme y jamás retractarse de lo dicho. En esos casos, rebajarse no sería humildad sino debilidad»*<sup>6</sup>. ¿Una persona humilde es débil? ¿Una persona fuerte puede ser humilde? ¿Mis éxitos pueden hacerme perder la humildad? ¿Siempre el poderoso es orgulloso y el exitoso vanidoso? No lo sé. Uno puede caer en el orgullo con muy poco. Y puede ser humilde teniéndolo todo. La humildad me regala libertad interior. No está reñida la fortaleza con la humildad. El deseo de ser humilde crece en mi corazón. Y me ayuda mostrarme ante los demás en mi debilidad. No sólo acepto mis debilidades. Deja de preocuparme que los demás las conozcan. Y que me traten de acuerdo con ellas. Esa es la verdadera humildad. Asumo que no podré hacer todo lo que me proponga. No soy tan bueno. Cometo errores. Me confundo. Peco por exceso. Hiero sin darme cuenta. Caigo en debilidades manifiestas. Me cuesta reconocer que estoy hecho de barro. Que mi carne está herida. Oculto lo que afea mi imagen. Para que nadie piense mal de mí. Para que no pierda peso mi valor ante ellos. ¡Cuánto me importa cuidar mi imagen! Miro bien lo que saben de mí. Publico sólo el rostro amable de mi vida. No dejo que vean mis pecados, mis heridas. No tienen derecho a saber como soy. Eso es cierto. Me desnudo en mi verdad sólo ante quien yo quiero. Pero eso no quita que tenga que vivir en tensión defendiendo mi imagen. Protegiendo mi dignidad. Para que me valoren y aplaudan. Para que reconozcan lo bien que hago las cosas. Quiero ser humilde en mi verdad. La humildad y la verdad van de la mano. Humilde para darme a los demás sin pretender ser más de lo que soy. Sin necesidad de ocultar lo que todos ven con facilidad. Valgo ante Dios. Su mirada es la que me salva. Su mirada que se fija en la verdad que no cambia. Nada de lo que soy cambia. Cometeré errores, haré las cosas bien. Seguiré siendo el mismo. No mejor que nadie. Estoy orgulloso del amor que Dios me tiene. No me importa hacer las cosas perfectas. El error no disminuye en nada mi valía. Se me olvida y me afano en hacerlo todo bien, perfecto. Para poder estar orgulloso de mí mismo. La humildad me recuerda que pertenezco a la tierra. Estoy hecho de barro. Es mi miseria. Nada de lo que dicen de mí me tiene que afectar en exceso. Es verdad que me alegran los halagos. Y me entristecen las críticas. Pero me hace bien la humillación. Cuando soy humillado sin desearlo crezco en humildad. No me creo especial. Reconocer mi pecado en mi corazón me hace humilde. No me salvo solo. Es Jesús el que me salva y sostiene mi vida. No quiero quedar por encima de nadie. ¡Cuánto mal me hace vivir comparándome con los que tengo cerca!

---

<sup>6</sup> Santa Teresita del Niño Jesús, *Historia de un alma*

Admiro sus virtudes y me veo tan pequeño en comparación. Pienso que no valgo. Miro en menos mi vida. Y no aprecio el valor de todo lo que tengo, de todo lo que Dios ha sembrado en mi alma. Quisiera aprender a mirarme como me mira Dios. Y aprender a mirar a los demás como Dios los mira. ¡Qué difícil! Estoy tan lejos de mirar desde mi tierra a los demás. Apreciando su belleza. Alegrándome con sus éxitos. Sin pensar que sus logros hacen que mi vida valga menos. No es así. Mi humildad crece al reconocer mi verdad. Al mirarme en mi pobreza. Al alegrarme en mis derrotas y saber que Dios saca vida de la muerte. Y logra que dé flores en medio de mi barro. Deseo esta humildad que va unida al amor. Dios ama mi humildad. Yo amo desde mi pequeñez. Decía el P. Kentenich: *«Si separamos muy fuertemente la humildad del amor, esta se convierte en inferioridad. En esa ocasión explicamos detalladamente que la humildad es la virtud moral que más difícilmente puede darse sin amor. La humildad que no conduce al amor está enferma y enferma a la gente»*<sup>7</sup>. La humildad unida al amor me acerca a María. Ella fue humilde y sencilla. Ella vivió como niña unida a Dios en el amor. Se sabía amada en su pequeñez y esa actitud de niña salvaba su vida. Así quiero mirar yo mi corazón.

**Con humildad. Sabiéndome amado por Dios en mi pobreza.**

**Tengo la tentación de enaltecerme y crearme mejor de lo que soy.** Me tocan las palabras de Jesús. A mí que me gustan los primeros lugares: *«Cuando te conviden a una boda, no te sientes en el puesto principal, no sea que hayan convidado a otro de más categoría que tú; y vendrá el que os convidó a ti y al otro y te dirá: - Cédele el puesto a éste. Entonces, avergonzado, irás a ocupar el último puesto. Al revés, cuando te conviden, vete a sentarte en el último puesto, para que, cuando venga el que te convidó, te diga: - Amigo, sube más arriba. Entonces quedarás muy bien ante todos los comensales. Porque todo el que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido»*. Me gusta ponerme en el centro. Hablar de lo que hago bien. Aspiro a puestos importantes. Como si la vida fuera una línea ascendente y detenerme en esa carrera fuera mi ruina. Después de un paso viene el otro. Tras una bajada una subida. Sueño con los primeros lugares. No me conformo con lo que ahora tengo. ¿Es algo bueno esta ambición que siento? La ambición me da fuerzas para salir adelante. Para luchar por aquello en lo que creo. Para no quedarme quieto esperando a que las cosas mejoren. Para levantarme después de una caída. Mi amor propio y mi ambición personal sacan las fuerzas más profundas. Mi orgullo me ayuda a levantarme después de la derrota. No es malo el orgullo. Ni pecaminosa toda ambición. La ambición es un deseo intenso y vehemente de conseguir algo difícil de lograr. ¿Soy consciente de todos los deseos que arden en mi corazón? Quiero reconocerlos y ponerles nombre. Quiero aceptarlos y entender que mis deseos pueden sacar lo mejor que hay en mí. Decía el P. Kentenich: *«Por lo común el ser humano es determinado más por lo que el corazón desea sin confesárselo que por lo que la voluntad quiere. Por eso no hablamos de fusión de voluntades sino de fusión de corazones. Porque es el corazón el que nos hace elocuentes, nos hace grandes o débiles»*<sup>8</sup>. Lo que importa es lo que mi corazón desea. ¿Qué deseos ocultos hay debajo de tantas capas? Son los que determinan mi lucha en esta vida. El problema no es desear o ambicionar. El problema es desear y ambicionar lo que me acabará enfermando y haciendo infeliz. Ambicionar los primeros puestos me acaba obsesionando y quitando la paz. Desear destacar y ser siempre tomado en cuenta. Desear ser elegido, amado siempre, preferido. Me acaba hundiendo en una zozobra infinita que me quita la paz. No quiero perder la ambición que me hace salir de la pasividad y de la falta de pasión. La pasión es un bien para mi vida. No tiene connotación moral. Es una fuerza que me ayuda a vencer los obstáculos y me da luz para creer en la victoria final. Eso me consuela. Me enamora. Esa fuerza del deseo es la que más quiero dentro de mí. *«El deseo 'sano' sabe poner orden en la propia vida y manifiesta ese 'Ordo amoris' que sabe poner a cada cosa en su debido lugar, mostrando una armonía y un equilibrio de fondo»*<sup>9</sup>. La sanidad del deseo y de la ambición es lo que cuenta. Lo duro en mi vida es ese deseo enfermizo que saca lo peor de mí. Ese deseo que me enferma y hiere por dentro. Esa ambición que me hace desear lo que no me conviene. Los primeros puestos no me dan la felicidad. ¿Por qué los busco? Vivo comparándome. Quiero ser el mejor en todo lo que hago. El mejor de la historia. El más fecundo y exitoso. ¿Es eso lo que quiero? Hoy Jesús me cuenta una parábola para que entienda. Los primeros puestos no son los

---

<sup>7</sup> J. Kentenich, *Hacia la cima*

<sup>8</sup> *Kentenich Reader Tomo 3: Seguir al profeta*, Peter Locher, Jonathan Niehaus

<sup>9</sup> Giovanni Cucci SJ, *La fuerza que nace de la debilidad*

importantes. Pero es muy duro buscarlos y luego experimentar la humillación de volver a los últimos lugares. No quiero ambicionar puestos que no me aportan nada. Lugares en los que no seré feliz ni fecundo. Estoy convencido de que la fecundidad y la felicidad van de la mano. Un corazón amargado y en lucha difícilmente puede ser fecundo. Mi vida es fecunda desde la alegría de amar y ser amado. Cuando falta la alegría tampoco soy fecundo. Los deseos enfermizos de mi alma me hacen daño. Me alejan de Dios. Me vuelven mundano. ¿Qué desea realmente mi corazón? Amar y ser amado. Lo sé. Pero creo en ocasiones que el amor lo encuentro en el aplauso. Y que el éxito es una prueba de amor. Y la alabanza. Y el halago. Y el seguimiento. Y deseo entonces encontrar ese reconocimiento en el mundo, en los hombres. Mendigo amor y aplausos. Mendigo aceptación. ¿Tan herido estoy en mi amor? El deseo enfermo brota de mi corazón herido. No me reconozco en lo que siento y deseo. ¿Qué alberga mi corazón herido? Ese deseo enfermizo. Esa ambición por los primeros lugares. Esa obsesión por ser admirado y seguido. Quiero dejar de desear lo que no me conviene, lo que no me hace pleno ni feliz. Me basta el amor de Dios que viene a abrazarme en medio de mis fracasos y soledades. Allí donde siento que no llega el amor humano. Allí donde he sido rechazado por culpa de mis debilidades. Entonces el amor de Dios me recuerda cuánto valgo. **El primer lugar lo tengo en su corazón. Es lo que de verdad importa.**

**Creo hacer las cosas con una buena intención.** Pienso que me mueve el amor o la generosidad. Y descubro en mí súbitamente intenciones ocultas no tan buenas. Hoy Jesús quiere que actúe con gratuidad, sin esperar nada. Quiere que mi intención sea pura: *«Cuando des una comida o una cena, no invites a tus amigos, ni a tus hermanos, ni a tus parientes, ni a los vecinos ricos; porque corresponderán invitándote, y quedarás pagado. Cuando des un banquete, invita a pobres, lisiados, cojos y ciegos; dichoso tú, porque no pueden pagarte; te pagarán cuando resuciten los justos. Así es el que atesora riquezas para sí, y no se enriquece en orden a Dios».* Me pide que sea generoso sin esperar recibir nada a cambio. Que sea pobre dando lo que tengo sin querer que me devuelvan lo que entrego. Descubro la mezquindad de mi corazón. La debilidad de mi entrega. Digo ser generoso y oculto en mi interior el deseo de recibir el pago por lo hecho. Doy a los ricos para que me devuelvan con creces. Busco ayudar a los que tienen para que a su vez ellos me ayuden a mí. No doy puntadas sin hilo, busco siempre mi beneficio. Me falta creer en la gratuidad. Ese corazón que se da sin querer dar al que ya tiene. Sin esperar recibir más de lo que he dado. Quiero que Jesús cambie mi corazón. Para poder dar sin esperar nada. Amar sin pretender ser amado. Mi corazón me juega malas pasadas. Son fuertes en mí el orgullo y el amor propio. ¡Cuánto tengo que cambiar! Se me olvida que si soy de verdad humilde seré más libre de corazón. Me daré sin reservas y sin buscar que me den, que me halaguen, que me busquen, que me recompensen por la generosidad mostrada. Necesito cambiar la mirada, cambiar el corazón. Es lo que me pide hoy Jesús. Quiere que mire hoy a los más necesitados, a los pobres, a los olvidados, a los más heridos. Hoy escucho que así es como Él actúa: *«Preparaste, oh Dios, casa para los pobres. Padre de huérfanos, protector de viudas. Dios prepara casa a los desvalidos, libera a los cautivos y los enriquece. Tu rebaño habitó en la tierra que tu bondad, oh Dios, preparó para los pobres».* La misericordia de Dios colma todos los anhelos de los hombres. Los más profundos. Quiero aprender a vivir en la gratuidad. Así es Dios. No espera que le pague por todo lo que me ha dado. No busca que le devuelva aumentados los dones recibido. Simplemente me mira conmovido en mi indigencia y derrama su gracia sobre mí. Esa forma de mirar mi vida me vuelve a mí compasivo. Así comienzo a mirar yo al pobre, al abandonado, al miserable. En el musical basado en el libro *«Los miserables»* de Víctor Hugo hay una canción que recorre toda la obra. La canción me invita a mirar hacia abajo: *«Baja la mirada y mira a los mendigos a tus pies. Baja la mirada y muestra algo de misericordia si puedes. Baja la mirada y mira la basura de la calle. Baja la mirada sobre tu prójimo».* Tengo la tentación de mirar siempre hacia arriba. Hacia los poderosos que me devolverán lo que les dé. Hacia los que tienen con qué pagar mis servicios. Hacia los que están mejor que yo. Se me olvida bajar la mirada y mostrar misericordia. Sé que puedo hacerlo. Lo llevo en mi corazón herido. Tengo una sed inmensa de amor. Una fuente eterna de misericordia que me viene de lo alto. Sólo presto atención al necesitado, al que está solo y abandonado, a aquel del que no puedo esperar nada. Sólo busco la gratuidad. Quiero dar todo lo que llevo en mi alma. Mi tiempo, mi amor, mi esperanza. La gratuidad es la forma de vivir del cristiano. Quiero vivir con gratuidad. Porque Dios se ha dignado salvar mi vida. **Me ha sacado de la penumbra en la que corren mis pasos y me ha dado su luz abundante. Ya nada temo.**